Beso a la puerta de la muerte

Elías Llamazares de la Puente

Beso a la puerta de la muerte

Elías Llamazares de la Puente

avant
editorial

Primera edición, diciembre de 2023
© Elías Llamazares, 2023

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 978-84-19970-54-1
IBIC: FH
DEPÓSITO LEGAL: M-34418-2023

avant
editorial

Esta novela no hubiera salido adelante sin el apoyo y ayuda de
María del Carmen García Alba.
A ella se la dedico con mucho cariño.

Exteriormente no se aprecian gestos de dolor no hay huellas de violencia, dan la sensación de un momento de felicidad.

En un despacho destartalado, pero limpio, de la Comisaría Centro de la ciudad de Madrid hay dos mesas: una ocupada por Isbert y en la otra, situada a su derecha, se sienta Gwendoline. Son dos policías muy conocidos en los bajos fondos del centro de Madrid como plaza Mayor, calle Carretas, plaza Benavente, plaza Tirso de Molina…

Hoy es sábado, pero están en el despacho para redactar el informe del último caso en el que han intervenido. El silencio del despacho se rompe con el sonido del teléfono móvil de Isbert. Los dos se miran extrañados.

—Diga.

Al mismo tiempo, como tiene por costumbre, apunta en su bloc la fecha del día y la hora: «12/FE/2022 sábado, 10:25».

Se oye por el teléfono una voz que transmite angustia.

—Hola, primo, ¿qué pasa?

Isbert solo escucha y no responde a la conversación de su familiar. Muy escuetamente le dice: «Voy para allá».

Cierra el teléfono y se dirige a su compañero.

—Vámonos, tenemos trabajo, te lo cuento por el camino. Te adelanto que mi primo ha encontrado muertos a una pareja en su hotel rural, situado en la Sierra de Madrid. Vete al

garaje a por el coche, voy a ver si está el comisario, espérame en la puerta.

Isbert es un policía mayor a punto de jubilarse, de baja estatura y de voz ronca, que recuerda al gran actor Pepe Isbert. Su aspecto bonachón no refleja su verdadera personalidad profesional, pues es un policía duro, intransigente y muy sagaz, con una mirada profunda que se clava en los interrogados. Su imagen personal confunde a los maleantes, que entienden que también es así profesionalmente y fácil de engañar.

Esta confusión la aprovecha y le ha permitido resolver casos difíciles. El delincuente, confiando en su aspecto inofensivo, al inicio del interrogatorio responde a las preguntas con despreocupación, sin creer ni en su autoridad ni en sus conocimientos, pero lo termina acojonado. Su honestidad nunca se ha puesto en duda, es muy respetado por sus compañeros. Él ha elegido como ayudante a Gwendoline cuando nadie lo quería.

Gwendoline es un policía joven, alto y desgarbado, con unas piernas largas, que se adivinan huesudas debajo de unos pantalones vaqueros estrechos y que se mueven descontroladas, una se mueve hacia un lado, la otra hacia otro, pero siempre acaban yendo, incompresiblemente, hacia donde él quiere ir. Sin aparente motivo, canturrea la canción Gwendoline de Julio Iglesias. Todo esto despista a los interrogados, más atentos a sus movimientos que a sus propias contestaciones, como si todo fuera una comedía cómica, hecho que le sirve para hacer las preguntas más incisivas.

Los trileros y sus compinches saben que cuando canturrea la canción mal va a ir la cosa:el inspector está pensando y ellos esperan silenciosos la pregunta que les delatará. Entre sus compañeros es motivo de bromas cariñosas, pero reconocen su eficacia. No obstante, en la comisaría hay compañeros que piensan que sus pasos descontrolados y el canturrear esa canción lo hace intencionadamente, cuando a él le interesa.

A los trileros, rateros y prostitutas, que pululan por esta zona, no les ha costado mucho ponerles los motes. Por su voz en el caso de Isbert y por el canturreo en el caso de Gwendoline, aunque se refieren a ellos con respeto por sus años de convivencia. Ya hasta sus compañeros y jefes los llaman por sus apodos. Son dos policías muy singulares. Los dos en perfecta sincronización usan los silencios en las entrevistas cuando lo consideran oportuno.

Cruzan la ciudad y toman la autovía A6, el tráfico de salida es abundante y la marcha lenta, son muchos los madrileños que van de fin de semana a la sierra.

—¿Pongo la sirena?

—No, tómatelo con tranquilidad, llegar antes o después no va a cambiar mucho. Ya habrán alterado todas las pruebas. Mi primo montó un hotel rural ya hace años, con todos los lujos de un hotel de cinco estrellas. Me llama la atención su nula publicidad y su situación, que pasa inadvertida. En una ocasión se lo dije y me comentó que no era necesario, que tiene buenos clientes y que los comentarios boca a oreja funcionan muy bien.

—No tiene buena pinta, jefe.

—Cuando me llamó me dijo que la señora de la limpieza, que les llevaba toallas, golpeó la puerta de la habitación ocupada por los muertos y que, como no abrían, llamó a mi primo. Tenía instrucciones suyas de que si no abrían, no debía entrar en las habitaciones sin su autorización, que la daba o no según las órdenes recibidas de los clientes. La camarera informó a mi primo de que no habían pedido el desayuno.

Isbert hace un silencio motivado por su preocupación.

—Continúe, jefe, no se disguste, que todo tiene solución.

—Mi primo llamó por teléfono a la habitación y como nadie contestó subió solo. Hizo sonar insistentemente el timbre de la puerta y, al no obtener contestación, la abrió con prudencia y miedo. Las instrucciones del cliente eran muy tajantes y su voz dura. Vio en la cama los cuerpos de la pareja

desnudos, inmóviles, su posición no correspondía a la de estar dormidos. Levantó la voz y, al no ver ninguna reacción en ellos, pensó lo peor y llamó a la Guardia Civil. Es todo lo que me ha contado mi primo.

Al llegar al pueblo de Collado-Villalba, toman la carretera N-VI y cruzan el pueblo de Guadarrama para seguir por la carretera M-622. Es febrero y el paisaje cambia en esta carretera comarcal, las cunetas están llenas de nieve y el campo está cubierto por una capa blanca. En algunos tejados cuelgan carámbanos. Isbert comenta.

—No esperaba que hiciera tanto frío, me tenía que haber traído mi capa vieja.

—Pero, jefe, si esa prenda ya no la usa nadie.

—Es la prenda más adecuada para un policía, debajo puedes ocultar desde el arma hasta elementos de grabación y otras cosas, según el caso.

Pasados unos kilómetros más, Isbert le dice a su compañero:

—Despacio, tiene que ser por aquí, hace tiempo que no vengo.

Una indicación pequeña de madera con letras mal escritas sitúa a los policías: «Hotel Rural».

Gwendoline aparca cerca de la puerta del hotel, no deja de mirar en todas las direcciones.

Un guardia civil les impide el paso al interior, pero los pide disculpas cuando se identifican y les hace el saludo oficial. Manolo, el familiar de Isbert, llega veloz a abrazar a su primo.

—Cuanto tiempo sin vernos. ¿Cómo estás?

—Bien y supongo que tú también. Vamos al grano, cuéntanos con todo detalle lo que ha ocurrido.

—No es mucho lo que puedo contaros que no te lo haya dicho por teléfono esta mañana, no sé más, la Guardia Civil tendrá más datos, pues lleva mucho rato en la habitación.

—¿Eran clientes habituales?